

HARO TEGLEN

LAS TRES CLAVES DE LIBIA

Rápido, inesperado, incruento, el golpe de Estado de los militares republicanos de Libia es un acontecimiento internacional de primer orden. Modifica, o puede modificar seriamente, tres equilibrios: la estrategia mediterránea, la compleja política árabe, la economía del petróleo. ¿En qué sentido? Es prematuro decirlo. Hay que desconfiar siempre de los enunciados políticos. La nueva república se proclama socialista, progresista, nacionalista y revolucionaria. En nuestros días, todo esto es ambiguo. Los oficiales que han tomado el poder se denominan «unionistas libres» y dicen que han realizado una «revolución blanca». Han hecho el anuncio clásico ya en toda modificación de régimen: cumplirán todos sus compromisos internacionales y que ningún país de ningún color debe desconfiar de ello. El tiempo dirá lo que todo esto significa en la práctica, qué revoluciones se producirán dentro de la revolución, qué oficiales sucederán a éstos, cómo actuará la oposición, cuáles serán las presiones de las grandes potencias. Y de los vecinos de Libia. Las etiquetas sirven de poco. ¿Qué es el socialismo árabe? Hay, por lo menos, tres tendencias. El Baas, en Siria, Irak y Líbano —y en cada país con más o menos radicalismo—, tiene un programa en el que propone «la renovación de la civilización árabe», es internacionalista en el sentido en que propone la unificación de todos los países árabes, lo cual le hace al mismo tiempo nacionalista y racial, y considera misión primordial la liberación de Palestina. La USA (Unión Socialista Árabe) es el socialismo egipcio, con Nasser como líder y sin una doctrina precisa —habla de la «via árabe del socialismo»—. Constituye principalmente un apoyo de masas al régimen personal. El FLN, o Frente de Liberación Nacional, es el socialismo argelino. El único que ha implantado realmente unas estructuras propias en el país, con un sistema de co-gestión original y una economía socialista, pero adherido enteramente a la ideología religiosa islámica. Si se busca un denominador común a los socialismos árabes se encontrará en primer lugar su escasa o nula procedencia de Marx, la fuerza del nacionalismo —entendiendo como nación la civilización árabe—, la conservación de las tradiciones religiosas. El nuevo socialismo libio puede estar muy influido por el de sus dos grandes vecinos, Argelia y Egipto, pero puede tener también una gran base del Baas. Por el momento, parece necesario conformarse con una intención renovadora y modernizadora planteada en un acto de negación: el rechazo de la vieja monarquía del anciano Rey Idriss, cabeza de la secta político-religiosa de los Senusis, casta de guerreros feudales, absolutista, inmovilista, nacionalista, a pesar de que la Constitución —las etiquetas, repito, sirven de poco— denominaba su reino «constitucional, democrático y representativo». Idriss, jefe espiritual —Imán de los creyentes—, comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, monarca absoluto, ha sido, sin embargo, una figura positiva y decisiva en la historia de su país. Apoyado en los beduinos, dirigió la lucha prematura por la independencia de su país, buscó refugio en El Cairo cuando Mussolini ocupó el poder —la parte más rica de su país estaba ocupada por Italia desde 1911—, buscó allí la ayuda británica para conseguir la independencia, consiguió que el principio de independencia fuese reconocido por la ONU en 1949, para entrar en vigor en 1951, y consiguió en 1964 que las regiones disidentes se reunificasen en un solo Estado. El viejo luchador no escuchó, sin embargo, las voces que reclamaban mayor libertad dentro del país, mayor modernización industrial, mejores escuelas, un nuevo trato para la mujer. Estas voces tenían más y más fuerza a partir del momento en que la enorme riqueza del petróleo transformó la dinámica de vida en el país. Con la evicción de Idriss I, Libia se suma a los países árabes considerados como progresistas frente a los que aún mantienen estructuras feudales, y esta es la primera clave importante del movimiento: la ruptura del equilibrio árabe. Es el octavo país de los catorce que forman la «nación árabe» que se inclina hacia el radicalismo. Monarquías



CORONEL
BUCHWEIB,
JEFE DE LA
REVOLUCION LIBIA.

y repúblicas conviven mal en el mundo árabe y solamente la guerra de los Sels Días les ha proporcionado ocasión de una alianza provisional, llena de reservas, de resentimientos, de temores. Las monarquías feudales viven siempre pendientes de una revolución popular fomentada y ayudada por los países republicanos. Idriss I entregaba anualmente cien millones de dólares a Egipto para ayudarlo en la guerra contra Israel: en realidad, para tratar de evitar las acciones subversivas de Nasser. La caída de este trono inclina ahora la balanza numérica a favor de las repúblicas y puede causar un efecto psicológico importante en las otras monarquías. Para Nasser y para Argelia, sea cual sea la forma que adquiera el socialismo libio, es un triunfo allanar este país que estaba entre ellos y que ahora unifica una línea de costa mediterránea.

Esta es la segunda y quizá la más importante clave del movimiento: la línea costera del Mediterráneo. La base de Wheelus, en Libia —a ocho kilómetros de Trípoli—, es la más grande de los Estados Unidos en el Mediterráneo. La mantienen unos seis mil hombres. La aviación americana la considera como de una importancia primordial. Es la última que conservan los Estados Unidos en el Norte de África, después de haber abandonado las cinco que ocupaban en Marruecos. Con el enorme desierto de Libia tras de ella, servía para adiestramiento en misiones de bombardeo. Había costado cien millones de dólares hace casi veinte años, más una ayuda económica de doscientos millones anuales a Libia. En aquel tiempo, los bombarderos estacionados en Wheelus tenían programas concretos: misiones de bombardeo sobre territorio soviético en caso de guerra. Las nuevas armas —los misiles— cambiaron esa misión por otra: la del dominio aéreo del Mediterráneo. Idriss renunció a la ayuda económica americana desde el momento en que su país se enriqueció con el petróleo, pero no hizo nada por eliminar la base, ni tampoco por cerrar las pequeñas bases militares británicas resultantes de la II Guerra Mundial. Creía que estos soldados occidentales estacionados en su país podrían ayudarlo, en un momento dado, a vencer cualquier intento de golpe de Estado, que inmediatamente hubiese sido calificado de comunista, y, sobre todo, a rechazar cualquier invasión venida de sus vecinos. No le ha servido de nada. Los oficiales republicanos han emitido rápidamente un mensaje a los Estados Unidos advirtiéndole que no pensaban romper el compromiso de su país con la base de Wheelus. Este mensaje probablemente tenía la intención de evitar que desde ella pudiera partir cualquier apoyo a los monárquicos, en caso de reacción de éstos. Pero también pidieron que suspendiesen en el acto toda clase de vuelos para «evitar la confusión». Los vuelos siguen suspendidos y la base americana está inmóvil. Va a ser muy difícil que estos oficiales republicanos puedan mantener durante mucho tiempo la base americana, que ahora parece contraria a los intereses de la «nación

EN PUNTO

Brasil SECUESTRO Y GOLPE DE ESTADO

árabe» en el Mediterráneo y que no concuerda con el nacionalismo que ahora renace en el país.

La tercera clave es el petróleo. El petróleo de Libia, recién aflorado a la superficie —las primeras exportaciones datan de 1961—, es hoy fundamental para la economía de Occidente, sobre todo después del cierre del canal de Suez. Se dice que las cifras de exportación colocarán este año a Libia por encima de los otros países petroleros de Oriente Medio —Kuwait, Arabia Saudita, Irán—, y que su petróleo es de una calidad excelente. La compañía explotadora principal es la Occidental Petroleum, que produce unos ochenta mil barriles diarios. Es una de las treinta y nueve compañías petroleras que tienen los Estados Unidos en Libia —la Esso, la Mobil, la Marathon, la Amerada, son algunas otras—, que en total controlan el 90 por ciento de la producción petrolera libia. El otro diez por ciento lo tienen los ingleses. Fuentes oficiales de Washington han dicho estos días que las inversiones de capital de los Estados Unidos en Libia es aproximadamente de mil millones de dólares, pero los cálculos privados dicen que es mucho mayor: quizá cinco veces mayor... En los últimos dos años, los occidentales consideraban como «seguro» al petróleo de Libia, además de resultar más barato por su proximidad. También en este caso, los oficiales han garantizado el mantenimiento de las concesiones. Para quien gobierne Libia, el asunto del petróleo es muy delicado. Toda la economía del país depende de él. Antes del petróleo, Libia era uno de los países más pobres del mundo. Cualquier nacionalización, cualquier cambio de mercados, cualquier huida masiva de técnicos y capitales, puede provocar un colapso, al menos momentáneo, en la economía del país. Pero pocas revoluciones, y menos con signo nacionalista tan pronunciado y con dirección política tan imprescindible, pueden renunciar a recuperar las fuentes de su riqueza en manos extranjeras. Este dilema se le presentará al nuevo gobierno republicano. En un plazo de meses o de años tendrán que enfrentarse con el problema.

Naturalmente, estas tres claves —arabismo, Mediterráneo, petróleo— van a representar un papel de primera magnitud en el desarrollo de la joven república. Son presiones encontradas. Pieza fundamental para Occidente, lo es también para la Unión Soviética y lo es para el Oriente árabe. El equilibrio que puedan guardar los nuevos dirigentes es difícil. Por el momento, no todas las bazas están en sus manos. El Rey Idriss tiene aún muchos partidarios entre las tribus beduinas del desierto, en Cirenaica, donde él mismo formó un ejército —cuando fue emir de Cirenaica— que hoy está dirigido por oficiales británicos y que cuenta con unos siete mil hombres. La posición del heredero de Idriss, el príncipe Hassan Rida Senussi, es confusa. Parece que los republicanos han conseguido sumarle a su movimiento, quizá para neutralizar la fidelidad monárquica de los beduinos y los siete mil soldados de Cirenaica, pero el príncipe ha sido definido siempre como frío, apático, enfermizo, como el clásico príncipe aburrido de los cuentos orientales. No se le conoce, no se sabe cuál puede ser su fuerza religiosa sobre el país, su esfera de atracción. En país árabe, un hijo que se levanta contra su padre es una maldición. ¿Podría haber una guerra civil en Libia? El tiempo transcurrido sin reacción desde que se dio el golpe de Estado hace pensar que no que ya es tarde para reaccionar. Pero más tardó la reacción en el Yemen... Y todavía hay combates. Una guerra civil en Libia sería un acontecimiento enormemente grave para el mundo árabe y para el Mediterráneo en general. Egipto y Argelia no dejarían de intervenir, Estados Unidos y Gran Bretaña no podrían quedar al margen por la magnitud de sus intereses económicos y estratégicos. Afectaría al Magreb —Marruecos, Túnez, Argelia y Libia—, afectaría a todo Oriente Medio. La prudencia y la mesura con que los oficiales republicanos den sus primeros pasos, el radicalismo con que inicien un nuevo reparto de la riqueza y unas reformas de modernización en el país, la forma en que se planteen la recuperación del petróleo y las relaciones con los que les presionan, serán trascendentales en el futuro.



EL EMBAJADOR NORTEAMERICANO, BURKE ELBRICK.

El secuestro del embajador de los Estados Unidos en el Brasil por el Movimiento Revolucionario del Ocho de Octubre es una respuesta al pequeño golpe de Estado que se produjo el primero de septiembre, cuando un triunvirato militar ocupó el poder, vacante por la enfermedad —trombosis cerebral— del jefe del Estado, mariscal Costa e Silva. Constitucionalmente debía haber sido sustituido por el vicepresidente, Pedro Aleixo. Este había declarado que el mariscal le había encargado un plan de «restauración de la democracia» que hubiese comenzado el 7 de septiembre con la reapertura del Parlamento y la promulgación de una Constitución nueva. En lugar de ello, la nueva Junta ha acentuado el carácter rígido del régimen para evitar toda acción «prematura» y «peligrosa», y ha tomado medidas de represión efectuando un cierto número de detenciones. El rapto del embajador de Estados Unidos se ha reali-

zado con la pretensión de canjearlo por quince detenidos del Movimiento revolucionario. Pero tiene perfiles políticos importantes. El primero es una prueba de fuerza frente a la fuerza. El segundo está en la elección de la persona raptada. Desde el advenimiento del nuevo régimen en 1964, la oposición acusa continuamente a los Estados Unidos de haber patrocinado las fuerzas de derechas que esterilizaron los esfuerzos renovadores de Kubitschek, Quadros y Goulart. Los Estados Unidos poseen el 70 por ciento de las inversiones extranjeras en el país y dominan el 40 por ciento de las exportaciones. Fueron tropas brasileñas las que ayudaron a las de Estados Unidos en la represión de Santo Domingo, Brasil fortaleció la dirección norteamericana de la OEA y ha pretendido ser mediador entre Estados Unidos y las repúblicas hispanoamericanas. El régimen de 1964 puso a su cabeza al mariscal Castelo Branco, que



TRECE DE LOS QUINCE PRISIONEROS CANJeadOS POR EL EMBAJADOR.